

perdido la vista, y su mujer, mi insípida cuñada Julia, que tiene costumbres de monja, y á cuyo lado me aburría : no sé á qué van á ésa : sólo se deja ver muy claramente que mi hermano ha cobrado á París una aversion insuperable.

» En cuanto á la escritora, es indudable que se cansa de ser pobre aquí, donde la virtud hace pocas veces fortuna, y que se va ahí con su viejo padre, á ver si la suerte le es un poco más propicia.

» Me dan mucha risa esos forjadores de mentiras escritas, y mucho más cuando son *forjadoras*.

» Los hombres no las pueden sufrir, porque al hombre no le gusta la mujer sábia en otra cosa que en coquetearías.

» De las escritoras se rien, se burlan, y aunque lo que éstas escriban sea bueno, siempre dicen que es muy malo.

» Aquí he conocido á la marquesa de T..... y se ha hecho muy amiga mia, aunque, á la verdad, yo creo que es ella tan marquesa como tú : ella se llama escritora, y algunos hombres de talento fingen creer que lo es.

» Adios; ya te hablaré de esto en otra ocasion : ahora, sirva esta lacónica de aviso, y no me olvidéis.»

NATALIA.

LIBRO QUINTO.

I.

ESPERANZAS.

La escena ha cambiado completamente, lector amigo : ya no es á París á donde tenemos que ir para encontrar á algunos de nuestros más interesantes personajes, ni á la corte de España, ni siquiera á una modesta ciudad : tenemos que ir sólo á una pequeña aldea de la provincia de Madrid, que aún existe, y que dió al gran Tirso de Molina título y argumento para una de sus mejores comedias : nos hallamos en Vallecas, y distantes sólo una legua de la coronada villa.

¿Quién vive allí, preguntarás, de todos esos seres que se agitaban, sufrían ó eran felices, en medio de la moderna Babilonia que se llama París?

Dos solamente : Julia y su marido.

Un año ha pasado desde el día terrible en que Dios arrebató la luz de los ojos del pintor, indignado tal vez del mal uso que hacía de su talento, que, aunque no llegaba á ser genio, era talento á no dudar.

Julia no está ya abatida y triste.

Tampoco es su aspecto el de la felicidad; pero su mirada no refleja ya el brillo de la fiebre, y de los extremos de su boca ha desaparecido el amargo pliegue que se advertía á cada lado de ella, y que el sufrimiento habia formado, como la huella indeleble de su paso por el alma de la jóven.

Cuando he dicho que no era su aspecto el de la felicidad, creo que me engañaba.

Y es que escribo en estío, cuando el sol cae ya á torrentes desde el cielo y cubre el entendimiento con una nube tan tupida, que apénas deja penetrar en ella la luz de la reflexion.

Cosa rara es que cuando toda la naturaleza vive y se anima, el cansancio envuelva con sus helados pliegues á un mismo tiempo mi cuerpo y mi alma, y el trabajo sea para mí una carga pesada, sobre todo en algunos dias en que la atmósfera está cargada de electricidad.

Pero volvamos al matrimonio; que ninguna culpa tiene el lector de mi fatiga y malestar.

Indudablemente se habia verificado una gran trasformacion en ambos esposos, y cualquiera que los hubiera conocido en París lo hubiera dicho al volverles á hallar ahora en Vallecas, y en una tarde de Junio, sentados ambos en una salita del piso principal de la casa.

Aquella pieza, pequeña y amueblada con extrema sencillez, tenía salida á una extensa azotea llena de macetas colocadas con simetría, y que ostentaban flores comunes, pero cuidadas con esmero, y de gran belleza y frescura.

En la salita, y sentado en un sillón forrado de tela de Persia de colores vivos, se hallaba Diego.

Habia adelgazado, pero sus formas no tenían la flacura angulosa y huesuda, consecuencia de las orgías y de los vicios; porque la delgadez que producen los padecimientos del espíritu es muy diferente de la que ocasionan los excesos y la intemperancia.

Hay en aquélla algo de suave y resignado.

En ésta se descubre algo de dureza y desafío á la sociedad y á todo lo que es bueno, severo y justo.

Esta última decadencia hostil habia desaparecido de la persona de Diego, y la habia reemplazado aquélla, que si no es amarga para el que la padece, es más triste para el que la ve.

Llevaba puesta una bata de hilo, de color claro y muy modesta; un pantalon claro tambien y unas chinelas de tafíete verde.

Conocíase sin esfuerzo que una mano cariñosa habia cuidado de su tocado y aseo: su cabello estaba brillante, bien cuidado, y se rizaba en derredor de su frente con naturalidad y gracia: el cuello de su camisa de batista, blanco como la nieve, se doblaba sobre una corbata de seda color de ceniza con cuadros azules: su semblante estaba pálido y triste, pero la expresion de sus facciones no demostraba ira ni enojo: era más bien la conciencia de una desgracia grande, inmensa, pero irremediable, y quizá tambien el íntimo y desconsolador convencimiento de haberla merecido, y casi de haberla provocado.

Julia, sentada al lado de su marido, pintaba en un

lienzo extendido sobre un caballete, y que representaba á Santa Teresa de Jesus en actitud de orar.

Era un cuadro de gran tamaño y de extraordinaria belleza en lo que se podía juzgar de su parte terminada.

La plácida luz de la tarde quebraba sus dorados rayos en la noble figura de la Santa, que tenía elevados al cielo sus bellos ojos negros llenos de inspiracion, y en la dulce figura de la artista.

Julia llegaba ya á los veinticinco años, y sin embargo, no habia engruesado.

Su figura, siempre jóven, linda, deliciosa, se mantenía esbelta como un junco : su delicada tez estaba entonces animada de un leve sonrosado : sus ojos azules estaban tranquilos ; su frente, serena : más que á la de una esposa infeliz, se asemejaba su plácida y rubia cabeza á la de una vírgen que aún no habia despertado al primer amor.

Nadie hubiera reconocido en ella á la desgraciada jóven que algunos meses ántes recorria las calles de París mal vestida y hambrienta : en la tarde de que voy hablando tenía puesto un traje de muselina de fondo blanco con ramitos azules, ceñido á su talle por un cinturón de igual color que las flores.

Llevaba los cabellos reunidos en trenzas, que bajaban desde sus sienes hasta el nacimiento de su cuello, y se enroscaban allí en una flecha de plata.

La habitacion no desdecía del aspecto modesto de sus habitantes.

Un papel de follaje verde con campanillas azules vestía las paredes : las sillas eran de madera verde con

asientos de anea verdes y blancos : un aparador colocado en el testero principal de la estancia, y una pequeña mesa redonda, que se habia sacado á la galería, indicaban que aquella sala era un comedor.

A la sazón se ocupaba en cubrir aquella mesa una criada jóven y robusta, y ya habia extendido sobre ella un mantel blanco y algunos platos de loza con ramitos de color de rosa.

—Diego, dijo Julia, ¿tienes apetito?

—No, respondió éste.

—Pues ya es hora de comer.

—Ya lo sé ; pero no tengo gana.

—¿Te empeñas en no pasear! dijo Julia con tono de dulce reconvencion. Vamos, voy á dejar esto y daremos los dos una vuelta por el jardín, en tanto que Florentina acaba de disponer la comida.

—Pero te va á hacer falta el tiempo, repuso Diego; ¿No has prometido el cuadro á la Condesa de G..... para el sábado?

—Sí.

—¿Y estamos ya en miércoles! Esta mañana me has dicho que tenías que trabajar mucho si habías de cumplir tu palabra.

—Me levantaré mañana una hora más temprano.

—¿Si ya te levantas á las cinco!

—Me levantaré á las cuatro.

—¿Ah, tú vas á enfermar, mi pobre Julia! murmuró Diego buscando la mano de su esposa; ¡y todo por mí, por mí, que he sido tan culpable! ¡Ah, Dios me castiga con sobrada razón!

— ¡Eh! vamos á paseo y hablaremos en el jardin, repuso la artista con acento alegre.

— No puedo consentir en que pierdas así el tiempo, respondió su marido.

— ¿Que lo pierda? No lo creas, Diego; yo tambien necesito un poco de ejercicio si he de comer.

— ¿De véras?

— Sí; apénas he dejado hoy el asiento.

— ¡Y todo por mí! repitió Diego.

— ¡Otra vez te ocurre esa idea! ¡Si es por mí! Yo estoy mil veces mejor trabajando; y ademas, ya sabes el afan que tengo para no perder tiempo.

— ¡Sí! ¡El de ahorrar para mi curacion todo el dinero posible! ¡El de ganar mucho con ese objeto! Cualquiera diria que te habias vuelto avara, y aún una vez más debo exclamar : ¡todo por mí!

— Mi querido amigo, dijo Julia con dulzura, tus quejas me afligen. ¿Quién es el que en el mundo no está sujeto á la santa ley del trabajo? ¡Desgraciado de aquel que sólo es feliz en la ociosidad!

— ¿Y cuando yo te condenaba á ella por un sentimiento tan ruin, que no me atrevo á nombrar?

— ¡Oh, Dios mio! ¡De todo sacas consecuencias para atormentarte!

— ¡Ojalá no pudiera sacarlas, pues así sería ménos culpable!

— Vamos al jardin, repitió Julia tomando la mano de su marido, que al fin dejó el sillón y se apoyó en su brazo, al tiempo que entraba Florentina con algunos utensilios para la mesa.

La muchacha oyó las palabras de su señora, y exclamó riéndose :

— ¡El jardin! ¡Cualquiera diria que lo es!

— ¿Qué le falta, pues, para serlo? preguntó Julia alegremente.

— ¡Toma! ¿Qué le ha de faltar? ¡el serlo!

— ¿No tiene rosales y reseda, ademas de tres frutales, de un banco de césped y de una fuentecita?

— Pero todo esto, ménos los árboles, lo ha hecho usted poner, señora : ¡el jardin no es otra cosa que un corralillo!

— Un corralillo, donde hay perfumes y brisas, sol y rocío, respondió Julia volviéndose á su marido; donde el agua murmura y los pájaros trinan : ¿qué le falta, pues, para ser jardin?

— ¡Ah, señora, cómo se conoce que no ha visto usted el de la quinta! murmuró Florentina.

— ¿El de la quinta?

— El de esa quinta á la salida del pueblo que ha comprado ese señor frances.

— ¿Y tú le has visto?

— ¡Vaya, el domingo!

— ¿Y es hermoso?

— ¡Hermosísimo; con unas figuras de piedra, así, más altas que el señor, y unas fuentes que suben tanto, que se pierden de vista.... y más árboles.... y más flores!

— ¿Y quién es ese señor que la ha comprado?

— Yo no sé : dicen que es frances, y así como usted.

— ¿Como yo? preguntó Julia, muy admirada de la analogía que su criada parecia encontrar entre ella y el propietario de la quinta; ¿en qué se parece á mí?

—En que pinta santos.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—¡Toma! en el pueblo.

—Es extraño que ya se sepa eso, cuando aún no ha venido, dijo Julia, que al oír la palabra *pintor* se había quedado pensativa.

—Han venido los criados, y éstos lo han dicho.

—¿Esos que están arreglando la casa?

—Los mismos.

—Vamos á nuestro jardín, Diego, dijo Julia á su marido, empezando á bajar con él por una escalerita que había situada á un lado de la azotea; observarás, por más que diga Florentina, qué ambiente tan embalsamado se respira en él.

—Mientras los señores pasean, cogeré cerezas del árbol grande, dijo la criada, y así emplearé el tiempo, porque la comida ya está pronta.

Bajaron los dos esposos, y la criada les siguió.

—¡Cuánto diera por ver tu cuadro! murmuró Diego; ¡y cuánto siento ahora el tiempo que he perdido y que te he hecho perder!

—Yo lo recobraré, dijo Julia.

—¡Y de qué modo! ¡trabajando con un exceso que no puede ménos de perjudicarte!

El silencio siguió á esta eterna queja, que de continuo se escapaba de los labios del ciego.

Era inútil que su esposa procurase distraerle por todos los medios imaginables: ni aún los esfuerzos que él hacía le servían de nada, pues los remordimientos no le dejaban un solo instante de reposo.

La bondad, la resignacion de su esposa le humillaban de un modo indecible; y sólo la esperanza de verse libre un día de las cataratas que ofuscaban su vista, era lo que le impedía pensar en el suicidio.

—¡Y no haber podido terminar mi cuadro al ménos! murmuró con desaliento; ¡áquel cuadro, que era, á no dudar, el mejor de toda mi vida, pues lo pintaba con el deseo de vindicarme á tus ojos! ¡Y pensar en que han de pasar dos años ántes que acabe de formarse y de que arranquen este velo que oscurece mi vista! ¡Ah, esto es horrible, horrible!

—¡Valor, amigo mio! respondió Julia; piensa en que Dios podía haberte dado otra clase de ceguera, de que no hubieras podido librarte: además de que, segun mi esperanza, no tendrás que aguardar tanto tiempo.

—¡Cómo!

—Me ha dicho D. Fernando que hay en Lóndres un médico que quita las cataratas al año de haberse cubierto la vista.

—¡Es posible! ¡Ah, bendito sea Dios!

—Ya sabes que ese digno anciano no miente jamas. Al decirme esto, añadió:

—El doctor Harrison lleva dos mil duros por la cura: dentro de un mes cumple el año de la ceguera de Diego: acéptelos V. de Clemencia, y váyanse al instante.

—¿Y qué has respondido? preguntó Diego palpitante.

—Lo que vas á oír: «que en ese mes ganaria yo lo que me falta para completar esa suma y el dinero indispensable para el viaje, y que deseaba que todo el dinero empleado en la cura fuese ganado por mí.»

— ¡Dios mio! ¡Con que, dentro de dos meses, de mes y medio quizá, ya habré recobrado la vista! ¡Con que, ya podré acabar mi cuadro! ¿No es esto un sueño?

— No, amigo mio; es la realidad.

— ¿Y marcharemos á Londres?

— Sí: Santa Teresa acabará de darnos lo necesario para eso.

Julia dijo estas palabras sonriendo: conocíase que en su alma reinaba la tranquilidad y la esperanza.

Luégo llevó á su esposo al banco de césped, en el cual le hizo sentar, colocándose á su lado, y tendió una mirada por el jardin.

Era éste muy pequeño, y tan humilde en su aspecto como hacían suponer las palabras de Florentina.

Sin esfuerzo se comprendía que habia sido un corralillo, de esos que hay en todas las casas de las aldeas, á falta de jardin.

Un peral, cuyo fruto áun no estaba sazonado, dos manzanos y un cerezo formaban todo su ornato, y resumían todas las promesas de utilidad que aquel reducido terreno podia ofrecer.

En un rincon habia una fuente, que caía en una teja y desaparecia en un cauce, á la orilla del cual brotaban hierbas y florecillas enanas.

En el centro, algunos cuadros formados con ladrillos contenían flores y musgo; pero las flores eran de las más comunes, así como rosales, clavellinas, jacintos y alelíes, que alternaban con algunas plantas de sándalo, geráneo y reseda.

Sin embargo, como habia dicho Julia, aquel humilde

rincon tenía un hermoso pedazo de cielo: tenía flores que daban perfume, agua que murmuraba y pájaros que cantaban sin cesar, lo que le hacía, á pesar de ser pequeño, tan delicioso y alegre como el más espléndido jardin.

Julia le amaba con pasión: á su llegada, y á pesar de la escasez de sus medios y de la triste disposición de su espíritu, habia tratado de embellecerlo todo lo posible, buscando quien le plantase aquellas flores y construyese aquel sofá de verdor, donde pudiese llevar á descansar á Diego por las tardes.

Un labrador del pueblo le prestó este servicio por algunos módicos jornales, empleando las tardes en el arreglo del huertecillo: Julia, en cuyo ánimo habia ido ejerciendo su benéfica influencia la oración, se mostró más serena y ménos triste con aquella inocente distracción.

A la caída de la tarde, y cuando el sol doraba ya apenas las copas de los cuatro árboles del jardinillo, Julia bajaba á él, se sentaba en el banco de césped y elevaba á Dios su alma con el fervor de la verdadera piedad, con ese fervor que refresca y consuela como un rocío saludable.

Muchas veces bajaba desconsolada y subía conforme con su suerte, porque jamas acudimos á Dios pidiéndole valor, sin que nos le conceda su inefable bondad.